

Manuscrito hallado en un manuscrito



Fotografía de Manuel Fons: Portof

Uno de los aciertos de Manuel Fons en *Manuscrito hallado en un manuscrito*, consiste en dejar claro a sus lectores que la gran literatura se debe al artificio de sus escritores. Genio e ingenio, destreza mental, alteridad o desdoblamiento, juego de espejos, el lector como escritor, el personaje como autor, son las propuestas de este joven literato que ahora nos ofrece sus primeras ficciones.

De inicio, pocas veces tenemos en las manos un libro inicial de un escritor ya iniciado (y bastante) en la buena literatura. Sean estas palabras escritas una manera de franquear su paso.

Marco Aurelio Larios



Manuel Fons

Manuscrito hallado en un manuscrito

CUENTO

Manuscrito hallado en un manuscrito

Manuel Fons



COLECCIÓN
BECARIOS



Consejo Estatal
para la Cultura y las Artes Jalisco

MANUEL FONTS

Guadalajara, 1982. Es egresado de Artes Visuales, Pintura, y actualmente estudia Letras Hispánicas; ambas carreras en la Universidad de Guadalajara. Su propuesta, tanto literaria como pictórica, se caracteriza por planos en fuga, aporías y puestas en abismo, así como por transgresiones lúdicas donde el lector y el espectador son los protagonistas de la obra. Ha publicado relatos y ensayos en las revistas *Rémora*, *Numen* y *Narrativas*. *Manuscrito hallado en un manuscrito*, es su primer volumen de cuentos.

Manuscrito hallado en un manuscrito

Emilio González Márquez
GOBERNADOR CONSTITUCIONAL DEL ESTADO DE JALISCO

Lic. Fernando A. Guzmán Pérez Peláez
SECRETARIO GENERAL DE GOBIERNO

Arq. J. Alejandro Cravioto Lebrija
SECRETARIO DE CULTURA

Mtro. Martín Almádez
PRESIDENTE DEL CONSEJO ESTATAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES

Manuscrito hallado en un manuscrito

MANUEL FONS

CONSEJO ESTATAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES JALISCO

Colección Becarios

Esta obra se realizó con el apoyo del Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Jalisco, luego de haber sido seleccionada en la Convocatoria CECA 2009, en la Disciplina de Letras en la categoría de publicación de cuento.

Primera edición, 2009

D.R. © Manuel Fons

D.R. © Consejo Estatal para la Cultura y las Artes
Gobierno de Jalisco

Avenida Jesús García 720, Col. El Santuario, Guadalajara, Jalisco.

C. P. 44260. Teléfonos: 01 (33) 36 14 68 55, 01 (33) 36 14 68 64.

Fax: 01 (33) 36 58 00 26

Correo electrónico: ceca_jal@yahoo.com.mx
www.ceca.jalisco.gob.mx

Diseño y fotografía de portada: Postof

Diagramación: Grafisma

ISBN: 968-832-037-4

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO

PRINTED AND MADE IN MEXICO

*Imaginar únicamente cosas que nos gustaría
rumiar en una tumba.*

EMILE CIORAN, "Desgarradura"

Prólogo

Uno de los aciertos de Manuel Fons en *Manuscrito hallado en un manuscrito* consiste en dejar claro a sus lectores que la gran literatura se debe al artificio de sus escritores. Genio e ingenio, destreza mental, alteridad o desdoblamiento, juego de espejos, el lector como escritor, el personaje como autor, son las propuestas de este joven literato que ahora nos ofrece sus primeras ficciones.

Como libro inicial, Manuel Fons se atreve a mostrar la influencia de sus lecturas, la de los grandes maestros (igual Borges que Cervantes), solamente para poner en práctica lo aprendido. Allí donde un escritor novel imita y repite, a manera de sombra diluida, ya el tema, ya la técnica o el procedimiento, Manuel Fons retoma mejor la actitud de aquellos sus predecesores literarios, es decir, la intención lúdica de hacer consciente que la literatura es artificio. No al engaño ilusionista del realismo burdo y escueto; no a la transmutación mágica peyorativa. Más bien, puestas las cartas sobre la mesa —pago por ver—, se descoloca de cualquier novatez y pisa firme en las letras jaliscienses.

Pocas veces tenemos en las manos un libro inicial de un escritor ya iniciado (y bastante) en la buena literatura. Sean estas palabras escritas una manera de franquear su paso.

MARCO AURELIO LARIOS

Este cuento trata de ti

Este cuento trata de ti, lector, leyendo este cuento. Narra tu choque con estas letras y tu desconcierto por no hallar nada, salvo la lectura de tu lectura. Esperas algo, no sabes qué, pero esperas: el lector es un niño mimado, un consentido del autor: siempre a la expectativa de una frase brillante, o intrigas que lo conduzcan como un lazarillo hasta la última línea, o de un suceso, un diálogo, una descripción o una vuelta de tuerca que, por un momento, le permitan eludir la regularidad de su vida cotidiana; como si el escritor, en lugar de firmar un cuento breve o una novela, firmara un pagaré de emociones y sorpresas.

Por esta razón, voy a ser muy honesto: no tengo mucho que ofrecer, pues el asunto, como puedes ver, si la vanidad no te ciega, carece de importancia y no es muy interesante: sólo eres tú y esta pobre sucesión de grafías, tú y la carencia de argumento, tú y tu feble intención de mandar al diablo este ridículo artificio. Y no sé por qué, pero debo decirlo, aunque parezca una perogrullada, sólo por precaución: ¡si dejas de leer, el cuento se acaba!, sin ti, el protagonista leyendo, no quedaría nada más por decir.

¿No te importa?! Adelante pues, no te necesito, pero si te vas nunca sabrás qué pasó y, si me da la gana, puedo continuar la historia sin ti, no eres indispensable; soy una ficción, tengo licencia para mentir: inventaré que seguiste leyendo línea a línea, decidido a alcanzar el punto final, y pasaron minutos, días y años, sin que en este relato asomara el menor signo de flaqueza; puedo decir que jamás llegaste al fin, porque primero te llegaron las canas, la enfermedad y la

muerte. Será algo trágico, es cierto, pero, ¿a quién le gustan los finales felices?, a mí no. Yo prefiero la indignación al bostezo.

Recuerdo el hombre que supuso podría humillarme impunemente; más le hubiera valido no nacer, pues en venganza me encargué de que su historia fuera una miseria, una vida llena de penurias y estrecheces. Y claro, ése no fue un caso único, también está el de esa señora obesa que se creía muy inteligente: me bastó subir a niveles fantásticos las capacidades de los otros personajes para hacerla lucir como una retrasada; o el del mocoso que quiso chantajearme: quién sabe cómo la estará pasando: mi castigo a sus berrinches fue perderlo en un laberinto diegético cuya salida no podrá encontrar jamás...

¿Lo ves?, mi poder no tiene límites, no vale la pena retarme, sólo conseguirías empeorar las cosas... Así que, como decía antes de tus berrinches, este cuento trata de ti, lector, leyendo este cuento: es una reduplicación especular donde cada uno de tus movimientos se repite y se fuga en el infinito, aunque en una sección concreta del tiempo. Si te fijas, la trama depende de ti; yo sólo soy la tela para dar libre cauce a tu expresión, soy la ventana a tu pasado y el canal comunicante con tus ideas más subterráneas, soy, en cierto sentido...

¡Al diablo con esto! Vas a estar todo el día ahí sentado, esperando a que te divierta, como si yo fuera tu polichinela. ¿No te aburre toda esta farsa?, ¡porque a mí, sí! Si cooperaras un poco las cosas serían más sencillas. ¿No has visto todo lo que he hecho por ti? Hasta improvisé todo ese cuento de las venganzas para ver si te animabas un poco ¡Sí!, puedes correr a decirle a todo el mundo que no sé tratar a un lector, y que soy un embustero, un neurótico y un prepotente, pero yo te digo a ti, y te lo digo sin eufemismos: ¡estoy harto de tu actitud de indolencia, tu falta de creatividad y tu pasividad como lector! ¡No pienso resolver todos tus problemas, no soy una fabulita ni un relato de entretenimiento! No me vengas con que soy un mal cuento sólo porque no hago justo lo que esperas, y si quieres un final acicalado para conquistar un efecto y satisfacer tus relamidos patrones estéticos, entonces ponte a inventarlo. ¡Yo me largo!

Monólogo de un mitómano

Miento porque sólo por la vía de la mentira soy capaz de encontrar una superficie en este mundo que no sea una piedra burda, intratable. Miento porque sin el opio de la imaginación no podría andar las calles de la vigilia, sortear las trampas de lo concreto, circuir los sinsentidos de la realidad, como un perro que se persigue la cola. Miento porque la verdad es la que uno se inventa, la que uno se crea y la que uno se cree; como en los sueños, donde las imágenes más disparatadas hacen la urdimbre de un relato que nadie pone en tela de juicio; porque no es la realidad quien se califica a sí misma como tal, sino nosotros, los testigos, las víctimas.

Por eso amo el cine y la literatura, por eso disfruto leer y escribir. Soy un dependiente del engaño, un sectario del ardid.

Desprecio las noticias y los hechos, las modas, las leyes y las guerras, pues son los personajes principales de ese libro idiota que denunció Macbeth a punto de morir. No tengo nada que ver con eso. Me avergonzaría más no haber leído a José Lezama Lima, Andreiev o Swedenborg que ignorar la grosera realidad del último siglo. Puedo no estar enterado de los movimientos bursátiles en Nueva York y Londres, la pamplonada en España, o las vanguardias en misiles y bacterias-bomba; pero, en ninguno de los casos, soportaría la ignorancia de “La caída de la casa Usher”, “El artista del hambre” o “La hija de Rapaccini”. Veo más espectacular el caballo que burló a los troyanos que los aviones de las torres gemelas, y me conmueve más la muerte de Alonso Quijano que la de Mahatma Gandhi.

Miento porque las experiencias más intensas de mi vida han sucedido en las páginas de la ficción, porque la realidad de todos los

días es un espectáculo soez, un pan y circo para la plebe, un tumor al intelecto, una humillación a la capacidad creativa. La existencia en su modo habitual es una fonda atestada de guisos mediocres y bazofias; vivir así es renunciar a la perla y conformarse con la ostra. La ficción, en cambio, decanta la realidad y la intensifica; toma esa piedra silvestre y la pule hasta hacerla brillar.

Y escribo porque sólo con la alquimia de las letras consigo edificar una realidad decorosa, sólo con las suertes de la pluma puedo bordar una trama sin nudos kafkianos, un guión sin parrafadas inútiles, un escenario sin actores de adorno. Escribo porque la palabra es el único vehículo que nos puede conducir a la esencia última de las cosas, el paradigma platónico, la escalera al *topos uranos* (buscar el ideal en la esfera de lo concreto es una utopía para masoquistas e ingenuos). Escribo porque sólo en las islas del mito he conocido a la mujer y a la musa, porque sólo con artificios semánticos se puede transmutar la tosca materia de los sentidos en una reliquia para la inteligencia y el espíritu.

Miento, leo y escribo, huyo, me retraigo, me escondo. Soy un desertor de la verdad, un naufrago de los sentidos, un exiliado de lo cierto. Miento, trazo, altero, pulo, delimito a placer. Soy un mecenas de la mentira, un sibarita de la percepción. Miento cuando finjo mostrar mis emociones como en un desfile de máscaras. Miento cuando pregoné el optimismo de Leibniz y aseguro vivir en el mejor de los mundos posibles, o cuando en el pupitre de Cioran denuesto a dios y armo bravatas contra la existencia. Miento cuando juego con un niño, cuando finjo deferencia ante una anciana, cuando abrazo a una viuda y le doy el pésame por una pérdida más fútil que el galón de leche que dejé morir sobre la mesa. Miento cuando soy el héroe de mis relatos, cuando uso la arcilla de Pigmalión para esculpir a la mujer ideal, cuando le digo a un amigo artista que su novela me conmovió hasta las lágrimas y su sensibilidad artística me recordó al trágico Beethoven. Miento cuando escondo el poemario de Walth Withman tras el de Mallarmé, y cuando cubro el afiche de Marilyn Monroe con el retrato de Einstein. Miento y miento: todo lo que digo es mentira, y cuando me canso de mentir, miento más y mejor; y cuando parezco haber conseguido la mentira maestra, cuando cada palabra ha sido

un abalorio meticulosamente engarzado para satisfacer mi proyecto de fraude, entonces, mi condición de mitómano me traiciona y vuelvo a mentir acerca de la propia mentira, como en la paradoja de Epiménides, o como en este discurso que, me crean o no me crean, les juro que es una mentira.

Dados y cuerdas

*Not only God definitely play dice, but He
sometimes confuses us by throwing them
where they can't be seen.*

STEPHEN HAWKING, "Does God Play Dice?"

Imagina que en este momento, mientras piensas lo que piensas, una persona igual a ti, que se encuentra del otro lado del mundo, o del otro lado del universo, o en el extremo contrario de la rueda cósmica, piensa lo mismo que tú. Es obvio que puede suceder; no te darías cuenta. Es más, no es necesario situarlo tan lejos: el plano físico y temporal, en este caso, no es un factor determinante. Mejor imagina que la persona que en este momento divaga como tú, no puebla otra geografía, ni está separada de ti por una galaxia o una muralla de tiempo; sino que va en el mismo tren que tú, en el vagón contiguo, y como está sentada en el mismo costado, cada que voltea por la ventana observa las mismas imágenes y los mismos detalles que tú, con una ínfima diferencia angular, como si juntos consiguieran un enfoque estereoscópico.

Si piensas o has pensado así, me queda claro que no eres una persona de acción. Debes ser de los que se pasan la vida construyendo el mundo hacia adentro y jamás repara en que, afuera de sí mismo hay otro mundo para interactuar, donde también es posible construir. Puedes elucubrar sobre las conexiones y simetrías más disparatadas, pero, si no lo llevas a la acción, nunca verás nada, nunca estarás en posición de ratificar que en el universo de lo que no se dice habitan las situaciones más extrañas. ¿Quién va a cambiar de vagón para preguntar a los otros pasajeros si reflexionaban acerca de que la vida quizá no es una contingencia sin rumbo, sino una gran telaraña hilada en los niveles más insólitos? Si tuviéramos las agallas para hacer o decir lo que nunca nadie hace ni dice, ganaríamos la posibilidad

de presenciar una variante inédita. Nuevos caminos nos presentarían nuevos paisajes.

Imagina que la persona que piensa lo mismo que tú no está en otro vagón, sino en el mismo, sentada en el asiento de tu lado izquierdo, y en estos momentos planea cómo, sin decir una sola palabra ni exponerse en ningún sentido, podría darse cuenta de que tú y ella están pensando lo mismo. Si los dos se abrocharan las agujetas al mismo tiempo sería una señal, pero se podría pensar que es una coincidencia, como las que ocurren en todo momento. Sería más eficaz una acción muy arbitraria, como si sacas un cuaderno de tu mochila, arrancas una hoja y trazas con pluma negra un plano cartesiano en el centro de la hoja, y sobre el cuadrante superior derecho marcas la intersección entre una x y una y con un carácter griego, π , por ejemplo, para seguir en el mismo campo semántico. Si ambos lo hacen, ya no cabría la menor duda de que nuestro pensamiento no es una huella dactilar irrepetible, como hemos creído por ingenuidad o soberbia.

En este punto de tus reflexiones puedes sentir un atisbo de miedo. Si haces lo de la hoja y confirmas tus sospechas, quién sabe y estarías accediendo a un terreno sin salida. Desafiar el estado natural de las cosas podría tener como consecuencia un resultado paranormal. Quizás esa sincronía, una vez confirmada por el artificio de la hoja, podría postergarse indefinidamente. Tal vez tus pensamientos, así como cada uno de tus movimientos, se reflejen de manera sempiterna, como si uno fuera la sombra del otro y viceversa; un interminable juego de espejos que sólo las dos víctimas serían capaces de ver. Una rebeldía nacida de la abstracción no podría castigarse de otra manera que con la abstracción misma, extremada hasta lo nunca visto. Te convences de que, en efecto, pueden suceder las coincidencias más extraordinarias sin que nadie lo note; pero, en el mismo orden de ideas, también pueden existir los castigos más silenciosos y zozobrantes. Quizá por eso, ya sea por intuición o entendimiento, las personas rara vez saltan de la teoría a la acción.

Prefieres no arriesgarte, no porque tengas miedo, es sólo que no hay necesidad de comprobar todo lo que uno piensa; la inducción es para los científicos; a ti sólo te gusta jugar con las ideas. En la siguien-

te estación vas a bajar y, tan pronto como pongas un pie fuera del tren, no quedará el menor rastro de la casa de espejos que has venido tramando...

Llegas a tu destino. El tren se detiene. Todas y cada una de las personas voltean a ver la hora, aunque unas la ven en su reloj de pulsera, otras en el celular, y algunas más en la pantalla electrónica del vagón. Quienes traen bolsa, mochila o algún otro objeto lo toman con la mano derecha, el resto se agarra el cabello con la mano izquierda. Todos se ponen de pie al mismo tiempo. Caminan hacia la puerta de salida, cada quien a su destino. Nadie se da cuenta que, por un instante, visto desde una perspectiva aérea, el espaciado entre una persona y otra, el color de su vestimenta y sus diferencias de estatura, forman el bajorrelieve de una grafía que, unida a las de otras estaciones, articulan la palabra esencial, el sueño del cabalista, el nombre, la cifra, el inicio, el fin.

A Alejandro Pérez Nájera

Índice

Prólogo	9
Este cuento trata de ti	11
Hacer bien las cosas	13
El rondó de Sileno	16
Monólogo de un mitómano	20
Dados y cuerdas	23
Suite para violonchelo	26
Fundamentación heurística de la costumbre	39
Scheherazada y la inteligencia artificial	41
La época del amor binario	51
Manuscrito hallado en un manuscrito	58

Manuscrito hallado en un manuscrito
de
MANUEL FONS

Se terminó de imprimir en noviembre de 2009
en Grafisma editores S.A. de C.V.
Jaime Nunó 670 / Colonia Santa Teresita, Guadalajara, Jalisco.
Bajo el apoyo del
Consejo Estatal para la Cultura y las Artes Jalisco.
El cuidado de la edición estuvo a cargo de los editores y el autor.
Su tiraje fue de 1 millar de ejemplares y en su diseño,
se empleó la familia tipográfica Palatino.